

Enrique Molina

Notas sobre la función social del escritor y sus relaciones con el Estado



ESTOS son los dos primeros temas fijados para el Congreso Nacional de Escritores que se ha celebrado en los últimos días de Marzo. Hemos preferido decir «función social» y no «papel social» como se expresa en la circular de la Sociedad de Escritores de Chile que ha organizado esta congregación de trabajadores de la pluma. Hablar de papel social nos parece sugerir algo de figuración espectacular, unida a eso de «hacer un papel», que no corresponde a lo que debe ser el escritor ni a lo que éste, sin duda, pretende ser.

A la simple vista pudiera estimarse redundancia que escritores se reúnan para establecer cual sea la función social que les corresponde, porque cada uno ha de tener ideas muy claras al respecto. De otra manera le faltaría algo esencial al escritor, o sea, una brújula para

sus actividades. Pero seguramente se trata de averiguar si los demás tienen esas ideas claras para hacerles el obsequio de ellas en caso de que no las tengan.

En efecto, es muy interesante preguntarse qué piensa la sociedad misma sobre el particular, o, en otros términos, ya sea interrogada en forma de nación, de raza o de humanidad, qué espera ella de sus escritores. En verdad lo espera casi todo en el ámbito de las inquietudes espirituales. El escritor debe amasar el pan con que se desalteran las hambres del espíritu o se le estimula a mayor vida. Aun las personas que se encuentran en posesión de una sólida fe religiosa no pueden prescindir de este alimento. Aunque la fe asegura un sentido de la vida y con él trae las mejores soluciones posibles para los casos que son como las partículas del correr de los días, al creyente le es indispensable también leer y estudiar para vivir medianamente informado. Con cuánta mayor razón han menester esto los muchos, los innumerables que no disponen de doctrinas firmes a que asirse en medio de la marejada de ideas contrarias, de intereses, de afanes y de pasiones que se cruzan y entrechocan en la sociedad. ¡Qué bella labor la del verdadero escritor! El público espera de él que lo ilustre en todos los problemas sociales, económicos y políticos que suelen constituir sus preocupaciones primordiales. Si es historiador le pedirá que, en forma vívida, le evoque el pasado y le ofrezca ejemplos de las tribulaciones, esfuerzos y progresos de los individuos y de los pueblos, aunque esos ejemplos nunca sean

aprovechables por completo. Si es novelista, dramaturgo o comediógrafo esperará cuadros interesantes de las pasiones grandes y pequeñas de los hombres, de sus crímenes y vicios, de sus miserias y dolores, a menudo también de sus afanes ridículos: todo hecho sin olvidar el ingrediente de los sentimientos de humanidad y, tal vez, la idea de corregir y mejorar a las gentes. Si es poeta o filósofo pondrá al servicio de los hombres las captaciones de sus antenas de vidente, les ofrecerá nuevos mensajes de belleza y saltando del plano de la experiencia al de lo suprasensible tratará de verter alguna luz en los arcanos del ser y de la existencia.

Ha sido una actitud muy socorrida en nuestro tiempo la de negar al arte toda trascendencia y, por consiguiente, también al escritor en cuanto artista. Pocos han tomado, como J. Ortega y Gasset, una postura más llamativa al respecto. Es toda una postura. Para el celebrado filósofo español al artista «le empieza a saber algo a fruto artístico cuando empieza a notar que el aire pierde seriedad y las cosas comienzan a brincar livianamente, libres de toda formalidad...». «Ese piroeteo universal es para él el signo auténtico de que las musas existen». «El arte salva al hombre, porque suscita en él inesperada puericia». «Todo el arte nuevo resulta comprensible y adquiere cierta dosis de grandeza cuando se le interpreta como un ensayo de crear puerilidad en un mundo viejo». ¡Oh, pobre Apolo, cómo has quedado en las manos de este filósofo, ni para corifeo de un grupo de batallas!

No pretendemos que el escritor, que debe ser artista siempre en algún grado, sea un hierofante; pero no nos conformamos con que sus nortes puedan ser el «pirueteo universal», «la puerilidad» y una «inesperada puericia». El artista puede brindarnos, en verdad, con obras que parezcan juego, pero que son en realidad exudaciones de su alma en el más hondo sentido de la palabra. Este es el caso de los humoristas, escritores de índole filosófica que cubren con su sonrisa y el manto de una suave ironía sus amarguras, tristezas y desencantos. Mas si el escritor viene a ofrecernos cosas que para él mismo son únicamente juegos y puerilidades lo más probable es que para nosotros resulten sólo naderías y majaderías.

Así, pues, la labor del escritor es seria y tiene trascendencia social, sin que con esto se quiera indicar actitudes graves, solemnes y engoladas, ni excluir el humor, la risa y la ironía.

Pero, ¿reconoce la sociedad misma esta trascendencia? He aquí uno de los aspectos de la cuestión que tal vez ha preocupado a los organizadores del Congreso al plantear el tema del «papel o función social del escritor».

Es una posición muy frecuente de los escritores renegar de la sociedad en que viven, de su incompreensión, de su vulgaridad, de su falta de interés por la literatura y sobre todo por lo nuevo. A veces están en lo cierto y es muy explicable, subjetivamente, la posición de protesta, tratándose de escritores jóvenes, por-

que éstos vienen con todos los arrestos de la pretensión y se encuentran solos y desconocidos. Sin embargo, Larra, a pesar de su escepticismo y también de ser joven, había encontrado una fórmula equilibrada y realista al preguntarse si no se escribe porque no se lee, o no se lee porque no se escribe. En definitiva, la sociedad, o más bien, sectores de su opinión, reconocen el valor del escritor que le inspira confianza y la atrae por su preparación, su honradez, sus condiciones artísticas y demás cualidades afines de su inteligencia. Este reconocimiento no se le regatea al que lo merece, ni cuando censura. Es un proceso espontáneo que no se obtiene por el empleo de ninguna especie de fuerza, ni por leyes ni decretos. Al escritor le corresponde hacerse leer imponiéndose por sus méritos. No desconocemos que haya escritores que, a pesar de sus méritos, no obtengan éxito. Es verdad también que algunos consiguen este fin—el ser leídos, no el de suscitar confianza—provocando escándalo, insultando a medio mundo, empleando un lenguaje procaz y violento o tratando con claridad afrodisíaca temas pornográficos, porque la gente es aficionada a que se la divierta con espectáculos tragicómicos y a las sobreexcitaciones sensuales. Mas éstos son medios despreciables de obtener éxito. A menudo también el escritor que todo lo encuentra malo y todo lo critica, no consigue otra cosa que destacar su propia figura, la personalidad del crítico, sin llegar a servir de seguro guía intelectual. No trae a los hombres la luz que necesitan, sino confusión que se les

ofrezcan escritos «contra esto y aquello», contra todo. ¡Ah! ilustre y respetable figura de don Miguel de Unamuno. Sólo en decir la verdad, en colocarse del lado de la justicia y hacer obra de belleza debe poner el escritor la suerte de su destino.

—¿Qué verdad debe proclamar el escritor? Únicamente la que él estima tal, después de amplio estudio, de sereno y maduro examen de las cuestiones sobre que ha de pronunciarse, sin el propósito de halagar a nadie y sin temor a las posibles reacciones de los intereses o de los prejuicios amagados por su pluma. Pero entendámonos bien: asumirá esta grave responsabilidad después de suficiente estudio y sereno examen, porque si toma como verdades sus primeras impresiones, que no sería raro estuvieran deformadas por la pasión, no se diferenciará en nada del hombre de la calle y no corresponderá a su investidura de guía espiritual. Con lo dicho queda en claro que no es carácter esencial de la definición del escritor que sea revolucionario o antirevolucionario. Esto entra en el riesgo que cada cual asume bajo su responsabilidad al tomar actitudes en las encrucijadas de la vida. Sostener que sólo el escritor revolucionario—vale decir, en nuestros días bolchevista o comunista—es verdadero escritor equivaldría a afirmar que sólo el médico socialista o enrolado en un sindicato puede ser un gran médico, lo que sería un absurdo. Desde el ángulo de la personalidad substancial del escritor es dado, que sea tan eminente un bolchevista, como otro fascista u otro demócrata, ya radical, ya li-

beral. Esta forma de valoración es la única compatible con la libertad interior, predicado esencial del escritor.

El escritor defenderá, pues, como justas las formas sociales que él considere acreedoras a este título dentro de sus sentimientos y deberes de solidaridad social. Si se indigna contra la injusticia y la fustiga, que lo haga en buena hora, pero que su grito no brote de un empequeñecimiento del alma por odio, envidia o despecho sino que sea un clamor de grandeza, de merecida reivindicación, de protesta fundada en un substrato de verdad y de amor.

Asimismo, la belleza que aprecie o a que dé existencia el escritor será la que a él le seduzca. De otra manera—en el triple terreno de la verdad, de la justicia y de la belleza—tendría que decir lo que no cree y lo que no siente, con lo que se destruiría a sí mismo.

La confianza pública de que goce un escritor puede hacer que viva tan sólo del trabajo de su pluma, independientemente, en países como Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Francia y, en menos escala, Italia, y en la España anterior a la guerra civil; pero semejante cosa es muy difícil entre nosotros. La poca densidad de la población, el bajo nivel de la riqueza general y la falta de suficiente educación se oponen a ello. Mucho se ha progresado en esta materia en años recientes y a ese adelanto han contribuído no poco las empresas editoriales fundadas últimamente entre nosotros; pero aun es escaso el número de las gentes que leen y más escaso

aun el de las que compran libros. Casi siempre prefieren leer de prestado. A veces ni obsequiándoles el libro lo leen. En estas condiciones no es posible afianzar la situación económica de un escritor sobre la base de la simple venta de sus libros y, si carece de fortuna propia, tendrá que ser para mantenerse, o empleado de una empresa periodística, o profesor, o empleado público, o entrar al servicio diplomático o consular. Si no consigue atrapar ninguna de estas salvavidas quedará expuesto en la vorágine del mundo a las más tremendas pruebas. Saliendo airoso de ellas su carácter y su personalidad alcanzarán la altura y el temple del apostolado. Si no—caso desgraciadamente el más frecuente—el escritor sufrirá los dolores de la escasez, tal vez los de la miseria; esto lo decepcionará, y amargado, perderá, salvo en temperamentos de resistencia excepcional, las cualidades mismas para ser un guía espiritual, que es lo que él más ha ambicionado.

Entendemos que, a pesar de las mejores intenciones, no es dado modificar de la noche a la mañana por medio de medidas administrativas o legislativas las condiciones demográficas y culturales que hemos indicado como contrarias a la vida independiente y holgada del escritor. Su deseado mejoramiento será una resultante del progreso general.

* * *

Lo que venimos diciendo deja indicado que el escritor necesita un ambiente de libertad. El Estado tie-

ne que garantizarle la situación de derecho requerida para que realice una labor fructífera. Someter a los escritores a la ideología de los que mandan, como ocurre en la Rusia Soviética, equivale a destruir la vida misma del espíritu, cuyas características de espontaneidad y de tendencia a crear algo nuevo son incompatibles con el obedecimiento a un padrón predeterminado. Muchos escritores seguirán de buen grado la exigencia del proselitismo y apenas se darán cuenta del menoscabo interior de su personalidad. Otros lo harán vencidos por las circunstancias y entregarán su alma al apocamiento y a la hipocresía. Con lo que sufrirá en definitiva el progreso del Estado mismo. Algo semejante, aunque en menor grado, sucede en los gobiernos fascistas. Es verdad que este régimen ha dado lugar a un extraordinario resurgimiento nacional en Alemania e Italia; pero los éxitos alcanzados en el orden económico, internacional y militar no justifican el desconocimiento de los fueros de la inteligencia de que por lo general el fascismo en sus diversas formas se ha hecho culpable.

El escritor no debe olvidar tampoco que el ser ciudadano libre de un Estado libre impone a su vez obligaciones y responsabilidades. Que critique cuanto sea merecedor de crítica, que critique al Estado y sus instituciones; pero que lo haga en un sentido de mejoramiento y reconstrucción, no para derribar y destruir y quizás medrar a la siniestra sombra del desorden. Cuando no hay un sabio Antonino que asuma la dic-

tadura el mejor regimen político. aun con sus innegables defectos, es la democracia. ¿Pero dónde y cómo encontrar un Antonino? Para bien de todos conviene, pues, salvar la democracia, que nos garantiza la limitada libertad de que es posible gozar en la confición humana. Tengamos presente que puede ser la libertad un derecho sagrado en cuanto se la reclama, no para hacer lo que uno quiera, que equivaldría a defender el derecho al capricho, sino para hacer lo que se debe, que es como se defiende la integridad de la persona moral. Las más grandes personalidades en todo orden de cosas desde las especulativas y artísticas hasta las de la acción han sido aquéllas que, rechazando la coersión exterior, aspirando a determinarse por sí mismas, se han mostrado a la vez como las más disciplinadas interiormente y han propugnado el régimen de libertad para poder realizar su misión creadora y cumplir con su deber.